

Luis M. Sáenz

introducción al libro **EL CAPITALISMO ROTO: anatomía de la crisis económica**  
Rolando Astarita, con una apertura de José Luis Sampedro  
La linterna sorda ediciones, 2009, Madrid.

## ROLANDO ASTARITA: UN ENFOQUE SINGULAR

Este libro, escrito entre octubre de 2007 y diciembre de 2008, transmite la evolución de un pensamiento crítico que sigue el día a día de la crisis en su singularidad y la inserta en una comprensión general del sistema que la ha provocado: el capitalismo. Rolando Astarita, profesor en las universidades de Buenos Aires y Quilmes, ex-obrero de la Chrysler detenido y torturado por el régimen de los coroneles en Argentina, sale de los caminos trillados en los que *la crisis* sólo es una disfuncionalidad debida al supuesto dominio de "lo financiero" sobre "lo productivo" o a las estafas de los Madoff de turno. Él la interroga a partir de la unidad esencial del capital y de la regla común que rige su movimiento: más ganancia. El "capitalismo delincuente" y los especuladores de casino han influido sobre el momento y las formas de la crisis, pero esas patologías (*robo*) deben ser entendidas a partir de la normalidad del capitalismo global (*explotación*).

Las crisis están en el código genético del capitalismo, pero cada crisis requiere su propia explicación. Los primeros síntomas manifiestos de *esta* crisis surgen en el sistema financiero y en el mercado inmobiliario. De ahí parte el autor, describiendo los instrumentos financieros de "diversificación del riesgo", que, aunque hayan podido postergar ciertos problemas, los han expandido por todo el sistema. Pero la crisis financiera debe ser explicada, y la sitúa ante el telón de fondo de una crisis no resuelta de sobreacumulación de capital. En la década de los noventa hubo una fuerte inversión productiva, especialmente en equipos y *software*, que elevó de forma muy significativa la ratio CAPITAL/TRABAJO y la productividad pero que terminó afectando negativamente a la ganancia, dado que ésta no deriva de "cuántas cosas se hacen" (riqueza material) sino de "cuánta plusvalía" (diferencia entre los salarios pagados y el valor añadido por el trabajo asalariado) se obtiene.

Ese fue el contexto de la recesión de los años 2000/2001 en Estados Unidos, suave y con una pronta recuperación facilitada por la intensificación de la explotación absoluta del trabajo. Las ganancias volvían a fluir, pero la inversión productiva seguía sin ser rentable porque la destrucción de capitales había sido insuficiente. Mucho capital-dinero buscó inversiones que rindiesen intereses. La alta oferta crediticia y los bajos tipos de interés inflaron los precios de la tierra y de las casas. Se generalizó la idea de que el rendimiento y los precios de los activos financieros e inmobiliarios subirían indefinidamente. Pero esta pirámide no se fundaba sobre plusvalía actual sino sobre anticipos de plusvalía futura y, por tanto, inexistente. La realidad se impuso y la burbuja pinchó en su eslabón más débil: las hipotecas basura, que se habían expandido por todo el organismo financiero a través de su titulización e incluso habían servido de garantía a otras operaciones. Se habían sobreendeudado las personas hipotecadas las empresas inmobiliarias, las constructoras o subcontratistas, y otros muchos capitalistas que habían usado los activos que poseían -e incluso los que no poseían- como garantía de créditos destinados a comprar más activos. Un botón de muestra: en España un grupo inmobiliario se convertía en primer accionista de una gran empresa como Repsol pagando con un crédito que tenía como garantía principal las propias acciones a comprar.

Se ha abierto una crisis financiera colosal. La quiebra de una fábrica de frigoríficos tiene un coste social, especialmente en puestos de trabajo, si no hay alternativas de empleo. Pero la quiebra bancaria tiene una dimensión mucho mayor, no sólo por el

papel del crédito en el sistema capitalista sino también porque los banqueros apenas manejan su propio dinero, sino que convierten en inmenso capital los pequeños ahorros de millones de personas. Capitalizando el dinero de la gente común, apenas retribuido, los banqueros y capitalistas prestatarios multiplican sus ganancias, pero cuando los negocios van mal pierden el dinero de la gente común, ya que el suyo propio, aunque sea de magnitud insultante, es el "chocolate del loro" sobre el total del capital que manejan. Una crisis financiera como ésta provoca una socialización de las pérdidas.

A comienzos de 2009, la crisis bancaria sigue y es probable que veamos nuevas debacles, que pueden dar lugar incluso a nuevas nacionalizaciones. Pese a las grandes ayudas estatales recibidas, las entidades financieras siguen siendo reuentes a dar créditos, tanto por la creciente morosidad como por su propia necesidad de acumular liquidez para hacer frente a pagos comprometidos. Los créditos se han hecho más difíciles de obtener y más caros, pese a la sustancial bajada del tipo de interés al que la Reserva Federal y el Banco Central Europeo prestan a los bancos comerciales. Y bastantes de los pocos créditos que se dan podrían utilizarse también para pagar deudas y acumular liquidez, sin despegue en la inversión privada.

El estancamiento de la inversión productiva fue la precondition de la actual crisis financiera. Ahora, ésta reactúa sobre la economía productiva. Estamos en una crisis económica global. Las dificultades crediticias y la reducción del consumo influyen sobre la situación, pero los elementos determinantes son la suspensión de la inversión y la consecuente pérdida de empleos. Tal y como preveía Astarita, han entrado en recesión los países más desarrollados y se ha desacelerado la economía mundial. Estados Unidos está en recesión desde diciembre de 2007 y España lo está desde el tercer trimestre de 2008. En el último trimestre de 2008 el PIB japonés cayó un 12,7% interanual. En China, pese a su crecimiento, la crisis ha eliminado ya 20 millones de empleos. Todos los países se ven afectados por la crisis.

En España, con un modelo de desarrollo centrado en el sector inmobiliario, avivado entre 1996 y 2004 y no atajado después, el incremento del paro es espectacular. Uno de los datos más significativos del cuarto trimestre de 2008 es la caída en un 7% interanual de la inversión en equipo. Ha aumentado la productividad media, pero esa es una consecuencia *aritmética* de la crisis, que elimina a los capitales menos productivos sin que los que quedan se hayan hecho más productivos. El goteo de despidos y cierres en pequeñas empresas es continuo y se multiplican las regulaciones de empleo en empresas importantes.

A decir verdad, nadie sabe hasta dónde llegará esto. Astarita señala que, pese a las proporciones gigantescas de la crisis financiera, hay rasgos que diferencian el contexto de la actual crisis y el de la crisis iniciada en 1929, por lo que resultaría apresurado el anuncio de una crisis tan catastrófica y prolongada como aquella, aunque no puede excluirse la depresión. En una cosa es categórico: "*Como no puede dejar de suceder en las crisis, las condiciones de vida de las masas trabajadoras van a empeorar*". Tal constatación es el punto de partida realista para estrategias defensivas de las y los trabajadores frente a las condiciones leoninas que el capital quiere imponer y que la patronal española ya está exigiendo, como eliminar la intervención de la Administración pública en las regulaciones de empleo. El crecimiento del desempleo, que fragiliza la posición de las personas asalariadas en cada empresa, arroja serios riesgos de fragmentación: división sindical, tendencias al *sálvese quien pueda*, presiones para el retorno de las mujeres *al hogar*, nacionalismo y xenofobia. Y los ejemplos están cerca: Plas movilizaciones de metodología más clasista y combativa ocurridas en Gran Bretaña desde la derrotada huelga minera de 1984-1985 han tenido como lema una consigna reaccionaria y divisora: *empleos británicos para trabajadores británicos*.

Se impone pues un esfuerzo para construir en común una estrategia de unión. La furia debe hacerse creativa y solidaria, arrojando a aquellos colectivos que defienden sus derechos, a veces con éxitos como los obtenidos en UPS, donde la Administración

ha rechazado el ERE, o en Acerinox, donde se ha acordado un ERTE en condiciones excelentes, sin pérdida de empleos ni de ingresos. Pero, ante todo, hay que construir una presión política eficaz, para bloquear toda reforma laboral regresiva y para lograr que los derechos sociales esenciales (vivienda, educación, sanidad, atención y cuidado, protección social, agua, entorno vivible y convivencial, etc.) queden protegidos frente a la *ley del mercado* y actúen como nuevos yacimientos de empleo. Para que los intereses del bien común primen en las medidas a adoptar frente a la crisis y para derribar los mitos y espejismos que en estos años han inundado mentalidades e instituciones en beneficio de la lógica de desarticulación social propia del capitalismo.

La crisis ha puesto en evidencia que el capitalismo no garantiza la atención de las necesidades humanas básicas. Ha confirmado que el *gran patrón* es una figura cada vez más inútil y parasitaria desde el punto de vista de la gestión productiva, mientras que la clase asalariada rebosa de capacidades excedentes muy por encima de las tareas y responsabilidades asignadas. Esos rasgos no son anomalías del capital: manifiestan el antagonismo entre el carácter social y cooperativo del trabajo y la apropiación privativa del mando y de la riqueza.

Como muy acertadamente han señalado los compañeros anarquistas del Instituto de Ciencias Económicas y de la Autogestión, *La cuestión principal que está siempre ahí es la siguiente: si consiguiéramos hundir el sistema financiero y por tanto colapsar el capitalismo ¿seríamos capaces de plantear y construir una alternativa socioeconómica solvente? Agudizar las crisis, si no existe una alternativa, no es un buen plan para la población.* Queda un largo camino por delante, para el que se requiere paciencia y tenacidad, radicalismo y pragmatismo, pero sobre todo cooperación, creatividad, apoyo mutuo, acción, conocimiento y estimulación de la autonomía individual y colectiva. Y en eso pueden ayudarnos mucho los compañeros que saben tanto como Rolando Astarita, *Rolo* para sus amigos.